

el rio, y ocupó Austin, que habian abandonado los texanos despues de incendiarla.

Houston, jefe de los rebeldes, se resolvió á disputar un paso del rio de San Jacinto; Santa-Anna se aprestó á librar en aquel punto una batalla.....

En esa batalla sucumbieron nuestras armas, no sin recomendar la gloria nombres como el de Luelmo, acreedores á los honores de los héroes.

Los Estados-Unidos, entre tanto, propalando que veian como neutrales aquella lucha, protestando que sus fuerzas se limitaban al simple cuidado de sus fronteras, apoyaban con todo su poder á los texanos, cubriéndolos el General Gaines, que al fin consumó la violacion de nuestro territorio, ocupando Nacogdoches. Con este motivo dice el Sr. Iglesias:

“Para disculpar aquel atentado, los Estados-Unidos no alegaron más fundamento que el de que México no podía impedir á los indios de su territorio que hicieran excursiones hostiles contra sus conciudadanos. *Este principio chocabá con las reglas establecidas en el derecho internacional, segun el que, un pueblo no puede ocupar militarmente el territorio de los demás con el pretexto de que defiende su frontera.*

“Agregábase á esto que ese pretexto, que aun suponíendole verdadero, no hubiera nunca servido para justificar aquel hecho atentatorio, carecia de todo fundamento. Las hostilidades de los indios eran supuestas, ningun riesgo corrian las fronteras de los Estados-Unidos, el peligro que se aseguraba era inminente, no existía mas que en las suposiciones gratuitas de los gobernantes.”

México, representado dignamente por el Sr. D. Manuel E. Gorostiza, reclamó con dignidad y firmeza, y los ministros Gorostiza y Ellis, representante en México de los Estados-Unidos, se retiraron de sus puestos, sin obtener solucion satisfactoria las reclamaciones.

No obstante haber motivos más que suficientes para un rompimiento, México atendió las quejas de los americanos por sus supuestos perjuicios, y se obligó á pagar cerca de tres millones de pesos, haciendo desembolsos y aun imponiendo préstamos para el pago de los abonos.

Las principales potencias habian reconocido entre tanto la Independencia que proclamó Texas, los Estados-Unidos disimularon y como que vacilaron; pero creyendo percibir aprestos de guerra de parte de México, arrojaron la careta y declaró su ministro Shannon que la política de la Union habia sido, hacia veinte años, apoderarse de Texas, y que cualquiera agresion de México contra Texas, se considerase como ofensa propia.

México, en vez de una declaracion de guerra, protestó contra la agresion de Texas á los Estados-Unidos.

El 1º de Marzo de 1845 declaró la Cámara de diputados de Washington incorporado Texas á los Estados de la Union Americana y consumada la usurpacion inicua.

Santa-Anna habia sido derribado del poder por la revolucion del 6 de Diciembre de 1844.

El gabinete del Sr. D. J. Joaquin de Herrera defendió, como base de su política, el pensamiento de conformarse ántes con la independencia de Texas, que con su incorporacion á los Estados-Unidos. La oposicion se desencadenó frenética contra ese pensamiento.

El Gobierno persistió en su política, tomó en consideración, autorizado competentemente, las proposiciones hechas por Texas, en que se comprometía á no agregarse á ningún otro país.

Ingiriéronse en estos negociados los Estados-Unidos. México rehusó recibir al Ministro Slidell y se sostuvo en su resolución.

En tan graves circunstancias, se pronunció (1846) Paredes contra Herrera, derrocando la administracion de Diciembre.

Hiciéronse entónces sensibles agresiones de americanos en varios de nuestros Estados, recibió el Gobierno autorizacion de repeler la fuerza con la fuerza, y entre tanto, siguiendo los Estados-Unidos con su conducta páfida, protestaban el deseo de evitar todo rompimiento, á la vez que sus buques ocupaban nuestras costas y sus tropas avanzaban en nuestro suelo.

Por fin, la invasion se presenta en toda su brutal desnudez: el General Taylor atropella nuestro suelo, con el pretexto de defender los límites de la Luisiana, y despues de combates sangrientos, en que se salvó la honra de México, se terminó la lucha, borrando el tratado de Guadalupe de nuestro mapa, uno de los territorios más privilegiados por Dios, y haciendo aparecer, la usurpacion y la violencia, enriquecido el pabellon de las estrellas con la estrella de Texas.

En 1847, se calculaba la poblacion de Texas en 20,000 almas.

Con los anteriores recuerdos y otros que me callo, porque estoy hasta aquí (señalándome el copete) de sério y prudente, dí mis primeras ojeadas al Estado de Texas.

Tendidas llanuras, cercas, limitaciones pintorescas y sementeras deliciosas.

De trecho en trecho descubrimos un gran jacalon: era una estacion de ferrocarril, ó como quien dice, el venero de pobladores que convertirán en pueblos florecientes aquellas comarcas.

Montado á caballo un gran jacalon sobre unos morillos, se distingue á distancia la estacion.

Su parte interior se divide por un tabique de tablas; en una seccion hay un cuarto en que se toman y se dejan los equipajes portátiles y que sirve para los viajeros. Del otro lado, es decir, en la otra seccion, hay un pequeño mostrador coronado por su reloj de palo, y aquella es la oficina ferrocarrilera; en uno de los rincones de la pieza funciona el telégrafo que es un contento, y de partes afuera del jacalon, coquetea el *bar-room* en amigable ayuntamiento con latas, comestibles, zapatos, sombreros y lo que podriamos llamar una tienda mestiza.

Generalmente cercan la estacion dos barandales de latas, por cuyo centro entran y salen los wagones y se hace su carga y su descarga.

A corta distancia de la estacion se perciben los grandes almacenes.

Y en la llanura descombrada, como sobrepuestas y al trasladarse, se ven filas de carretas, barriles, tercios é instrumentos de labranza.

Las carretas tienen cierta ordenacion como para una fe-

ria; arriba, bajo el toldo y en el suelo, entre las ruedas, está alojada una familia, y otra, y otra más, que entran y salen como abejas en sus colmenas.

A poca distancia se ven construyendo armazones de casas, y hay casitas á medio construir y construidas, con sus amplios corredores, sus columnas, su pórtico, sus vidrieras y persianas, y los anuncios de la comodidad y el bienestar.

Y así como de las habitaciones rodantes ó sean carretas, salían figuras carnavalescas y estrambóticas de hombres y mujeres, viejos como sacos destripados, muchachas con su *gardesoleil* como unas escobas, y muchachos enjutos y cabeludos como limpia-chimeneas, en los corredores había sus preciosos niños con sus aros y sus carretelitas, sus *ladies* airosas y sus campesinos de sorbete, pipa en boca, calzon remangado y botazas hasta las rodillas.

Lo singular era que en las casas por hacer, en las carretas y en los palos clavados en el suelo, había sus rubros que decían: *Grande hotel continental—Academia de música—Galería de pinturas—Correo—Empresa de gas—Avenida Fulton—Sucursal del Banco H\*\*\*, etc., etc.*

El pueblo nace de en medio de sus elementos de vida y desarrollo; es un canevá el terreno, en que borda la población, que lleva en cada uno de sus gérmenes la dote de condiciones políticas y sociales, para desenvolverse independientemente cada familia y robustecerse instantáneamente por el conjunto.

Así son multitud de pueblecitos como la *Troupe, Palestine* y no sé cuántos más.

Grandes estancias de ganado, espaciosos campos sembra-

dos de algodón, milpas de maíz como en nuestra patria; de entre esas milpas ví salir dos rancheros sobre sus sillas de montar, á la mexicana, sus sombreros anchos como nuestros rancheros y su fisonomía y aspecto como de gente del Bajío; quise gritarles un *adios, amo* que los dejara boquiabiertos; pero me contuvo Francisco, para que fijase la atención en unas manzanas y duraznos lindísimos que llevaban en sus cestos unas preciosas muchachitas que venían de un mercado cercano. . . .

A las oraciones de la noche tocábamos en la grande estación de San Antonio, y de ella fuimos trasladados al *Minger-Hotel*, donde había concurrencia inmensa y estupendo movimiento de viajeros.

*Minger-Hotel* está situado en una altura, al frente de una extensa plazuela que lleva su corriente á la calle principal de San Antonio.

La fachada del hotel está hermoseedada por corpulentos árboles; el despacho, que está en el tránsito de la calle al patio, es amplio, le limita largo mostrador y da al patio por uno de sus extremos, teniendo á su frente salones para los viajeros.

El patio del hotel es cuadrado; tiene su barandal de fierro, corrido en todo el cuadrado, y sus cuartitos pequeños, pero aseados.

En la parte inferior, contiguo al patio, está el gran comedor con sus rasgadas ventanas, sus mesas albeando y su competente servidumbre.

A nuestra llegada, el hotel se hundía á gritos; poco antes de nosotros había caído como una manga de agua una de esas falanges de viajeros que hacen por aquel tiempo ale-

gres excursiones, y que son la cosecha y el regocijo de los grandes hoteles.

Cantos, disputas, carreras del despacho á los corredores, de los corredores al comedor . . . .

En el hotel no había desocupado un hueco en que cupiese un grano de trigo; pero los dueños se habían procurado unas piezas vacías á donde confinaban á los huéspedes sobrantes, con dependencia del hotel. Allí fuimos consignados; Francisco fué renegando.

Ocupamos un cuartito pequeño con catres por todas partes, arrimamos á las paredes nuestros equipajes y nos propusimos descansar.

La pieza en que estábamos era baja, las puertas que daban á la calle quedaron completamente abiertas, porque el cuarto era un horno.

Mucho mejoraron en aquellas circunstancias nuestra situación, las atenciones del Sr. General Benavides, quien con finura extrema hizo que se nos atendiese y que al día siguiente se nos alojase convenientemente.

El calor nos empujaba del cuarto; Francisco se sepultó en su catre, como quien se suicida. El General Benavides y yo quedamos en plática en unas sillas que sacamos á la calle; yo, al último, me mantuve en vela, dando rienda suelta á mis recuerdos.



## XXII

Recuerdos.—Instalacion.—Paseo matutino.—Antiguos conocidos.—Suervielle.—M. Poincart.—El Dr. Cupples.—Comida en su casa.—María.

EL año de gracia, que maldita la que me hizo á mí, de 1866, me dió conocimiento mi asendereada fortuna con San Antonio de Béjar, con tan villano tino y con espíritu tan decidido de quemarme la sangre, que era precisamente cuando despejándose nuestro cielo de las negras nubes de la intervencion francesa, el regocijo nacional regaba de flores el regreso triunfal de Juarez al palacio de los Motezumas.

El ilustre general Patoni y yo, con nuestras familias, abandonamos el Paso del Norte en Diciembre de 1865, atravesamos con inauditas penalidades el desierto, en una travesía que duró más de un mes, y nos reconciliamos con el mun-